

DANIEL MEUROIS

AKENATÓN

EL MENSAJE DEL FARAÓN SOLAR

Isthar  Luna-Sol

DANIEL MEUROIS

AKENATÓN

EL MENSAJE DEL FARAÓN SOLAR

EDICIONES

Isthar



Luna-Sol

«Libros, cursos y eventos con Estrella»

Ediciones Isthara Luna-Sol

www.istharlunasol.com

info@istharlunasol.com

Título original: La Demeure du rayonnant

© **Autor:** Daniel Meurois

© **Traducción:** Sara Rincón Fernández

Corrección: Sara Rincón Fernández

Diseño cubierta: Vidhara

Maquetación: Antonio García Tomé

Primera edición: septiembre 2021

© **Ediciones Le Passe-Monde**

© **Ediciones Isthara Luna-Sol**

Apartado de correos 170

28300 Aranjuez, Madrid (España)

ISBN: 978-84-123677-0-6

Depósito legal: M-20629-2021

Impreso en Cofas (España)

Reservados todos los derechos. Este libro no puede ser reproducido, íntegra o parcialmente, por cualquier medio mecánico, electrónico o químico ya existente o de futura introducción, incluidas fotocopias, adaptaciones para radio, televisión, internet o webTV, sin la autorización escrita del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A ese amor que,
vida tras vida,
conduce al Amor.*

Nota editorial

Este es un apasionante relato sobre el antiguo Egipto que bien se podría tomar como una novela histórica. Pero, poco a poco, su lectura nos irá transportando al corazón del conocimiento profundo de la época del faraón Akenatón, el misterio que le acompañó, las luchas de poder y las intensas inquietudes y preguntas que todo ser humano se realiza en algún momento de su vida.

Lejos de parecer una obra del pasado, el paralelismo con la época actual no deja de sorprender y supone una gran toma de conciencia que el lector podrá comprobar por sí mismo.

La huella que Akenatón dejó en nuestro planeta llega hasta nuestros días y se pone de manifiesto en esta obra, la cual nos permite comprender un poco más el funcionamiento de nuestra civilización, los resortes que la mueven, sus inquietudes y el profundo anhelo de Conocimiento que desde siempre ha acompañado a la Humanidad.

Índice

Prólogo.....	11
Capítulo 1. La noche de Alpu.....	17
Capítulo 2. Tebas	31
Capítulo 3. El vuelo del ibis	55
Capítulo 4. «¡Tú no eres un auténtico sacerdote!».....	77
Capítulo 5. La morada del Resplandeciente.....	99
Capítulo 6. Akenatón	123
Capítulo 7. La bendición.....	145
Capítulo 8. La confesión	165
Capítulo 9. Clandestinidad	185
Capítulo 10. Los colores de la adversidad	203
Capítulo 11. Soledad	225
Capítulo 12. El argumento de los débiles	251
Capítulo 13. El temblor del alma.....	271
Capítulo 14. El escarabajo	285
Capítulo 15. Asnetí.....	307

Capítulo 16. La intransigente dulzura	327
Capítulo 17. «Los de arriba»	347
Capítulo 18. En la otra orilla	365
Capítulo 19. Sanandatón	387
Capítulo 20. La noche del Sed.....	405
Capítulo 21. Semenejkara	427
Capítulo 22. «Me entrego a ti»	443

Prólogo

Las puertas del tiempo cedieron de golpe en el espacio de dos jornadas de locura y entusiasmo. Más tarde, con plena lucidez, día tras día y durante todo un año, tuve de nuevo acceso a la memoria que se esconde tras ellas, a un pequeño retazo de esa memoria. ¿Con qué motivo? Para que pudiera contaros una historia sencilla y bella que, sin que nadie lo supiera, dejó su impronta en el inconsciente de nuestra humanidad.

Para penetrar en la memoria del mundo, en lo que se ha convenido en llamar anales akáshicos, se necesita, como ya se puede imaginar, disciplina personal y una técnica particular de trabajo¹. Se requiere igualmente, y sobre todo, una capacidad natural. El fenómeno se presenta bajo la forma de una serie de *visiones*, aunque la palabra *visión* suele sugerir la idea de algo impreciso e incontrolable que va de la mano de un espíritu místico y desconectado de lo real. No fue este mi caso, en absoluto. Cada visión, cada lectura de las imágenes del pasado a las que tuve acceso fueron resultado de mi voluntad y siempre se mostraron sumamente precisas.

Por supuesto, decir que se ha consultado el libro del tiempo es algo que provoca desconfianza en las mentes racionales de nuestra época. Tal vez en un siglo futuro

1 Véase el apéndice de *Visiones esenias*, del mismo autor, en Ediciones Istar Luna-Sol.

se observen las cosas con una lógica matemáticamente defendible y se vean de un modo muy distinto.

No tengo intención de probar la autenticidad de mi relato, solo pretendo ofrecer el contenido de mi vivencia de la manera más honesta posible, una vivencia que ha llevado a mi conciencia actual al Egipto faraónico de los tiempos de Akenatón. Mi trabajo, por consiguiente, es sobre todo el de un testigo. No se apoya en ningún documento que haya sido escrito antes y que yo conozca. Es, en cierto modo, un reportaje que data de hace unos tres mil cuatrocientos años, una crónica cuyo pilar es el amor, en todas sus dimensiones.

Así pues, no se trata en absoluto de una novela, aunque puede leerse como tal y para algunos sea más cómodo creer que el texto ha surgido de la imaginación de un escritor.

El relato cuenta una existencia que yo viví en un pasado lejano, pues las circunstancias o la necesidad han querido que se abriera en mí espontáneamente el cerrojo de su recuerdo. Naturalmente, soy consciente de incurrir en la herejía al decir esto, al menos en nuestro contexto occidental, pero qué más da... Hay cosas que un ser humano no puede guardarse únicamente para sí, y tanto da si se burlan de él o lo señalan con el dedo. Así pues, en este libro se trata el tema de la reencarnación, aunque no se habla expresamente de ella.

Akenatón. El mensaje del faraón solar es, ante todo, una obra testimonial que cuenta las importantes y conmovedoras experiencias de un hombre que vivió en un contexto que dio lugar a un ideal fundamental, no cabe duda de ello, para la historia de la humanidad.

Habrá quien diga que, como cualquier testimonio, este contiene una importante carga de subjetividad. Esto es muy posible, ya que la historia surge de la sensibilidad humana, no de una máquina, pero ¿acaso las máquinas actúan con total objetividad? Aunque se utilizara una cámara para enfocar un acontecimiento, se necesitaría igualmente la intervención

de un técnico que eligiera el ángulo de la toma, y después se cortarían las imágenes para llevar a cabo un montaje que correspondería a una intención precisa.

Así pues, ¿qué es la objetividad? En el caso que nos ocupa, ¿podría tratarse del conjunto de textos históricos que los egiptólogos han sacado a la luz? A mi modo de ver, no. No, porque, como todos sabemos, los documentos durante el reinado de Akenatón, «el faraón ebrio de sol», son escasos y cuestionables. Se sabe a ciencia cierta que los soberanos que le sucedieron se esmeraron en eliminar lo mejor posible las huellas de su paso, de manera que todos los textos y obras de arte de su reinado fueron falseados o destruidos antes de que arrasaran completamente la ciudad donde vivió. A su vez, un historiador, por muy honesto que sea, estudia y escribe dentro de un contexto que presenta elementos subjetivos. En primer lugar, porque es un ser humano, con su psicología propia y su sensibilidad, y también porque, sin ser consciente de ello, está condicionado por el contexto social, religioso y político de su tiempo, así como por la visión y las ideologías en boga. Por otra parte, no hay que olvidar que el historiador se basa en elementos cuyos autores, los testigos de la época, no son necesaria y completamente fiables. ¿Por qué? Porque ellos también eran humanos y tenían sus propios intereses, sus informaciones incompletas, sus posibilidades de equivocarse e incluso, a veces, su voluntad ideológica de proporcionar datos erróneos, al igual que sucede con los cronistas o los medios de información de cualquier época y país.

Por lo tanto, soy consciente de que este trabajo, aunque yo haya tratado de que sea lo más objetivo posible, depende de mi sensibilidad y de mi propio punto de vista. La misma historia tendría un estilo y un carácter muy distintos si os la contaran, por ejemplo, Mayan-Hotep o Isia-Lisia, dos de sus personajes principales.

Con relación a los diálogos, el lector está en su derecho de preguntarse de dónde proceden realmente y su grado

de exactitud. En este aspecto no me he permitido modificar absolutamente nada. Las palabras transcritas son las que fui recogiendo textualmente día tras día, al hilo de las visiones². Únicamente me he atrevido a cortar algunos fragmentos, al igual que he seleccionado los más significativos entre los innumerables acontecimientos que reviví. De no haber sido así, la obra que tienes en las manos tendría tal vez dos o tres mil páginas y sería totalmente imposible de digerir. Además del trabajo de escritor, también he sido como un director de cine que, cuando termina de rodar y comienza el montaje, decide si suprime o no ciertas escenas. En lo que respecta a los nombres propios, he optado por transcribirlos fonéticamente, como los recibía mi oído interior, y por supuesto he mantenido aquellos cuya ortografía ya está determinada por la historia oficial.

No me queda sino decir que la redacción de una obra de estas características no deja indemne a su autor. En otras palabras: puedo confesar que revivir esta historia y escribir muchos de sus pasajes me ha conmovido profundamente y que, a raíz de este hecho, algo se ha transformado en mi interior. Tengo la impresión de que ahora mi visión de la vida es más amplia, al igual que mi amor por ella, mi necesidad de ternura, de dar y recibir y, por último, mi voluntad de compasión.

Mi deseo es poder transmitir, mediante las palabras impresas, la visión de este amor al mayor número posible de seres humanos, pero no con la intención de aliviar cierta carga emocional, sino con el propósito de abrir otros horizontes al alba de los grandes cambios que nuestro mundo continuará experimentando.

.....

2 Aquí tiene lugar un fenómeno asombroso: aunque recibo las palabras en el lenguaje de la época, un mecanismo en mi conciencia las traduce automáticamente, con mi vocabulario habitual de hoy día.

Porque la historia de *Akenatón. El mensaje del faraón solar* no es, como podría imaginarse, una historia del pasado, sino un relato del presente que remite a cada uno a sus propios interrogantes y a su necesidad de búsqueda permanente, pero con una visión nueva. Eso es lo que te deseo, una verdadera visión de paz.



DANIEL MEUROIS



La noche de Alpu

Sucedió hace mucho tiempo, tanto que ya no queda rastro en la memoria del ser humano. Tanto que los libros antiguos ya no conservan el testimonio verdadero de lo que fue. Sucedió hace mucho tiempo, tanto que tal vez solo algunas piedras adormecidas en la arena o ciertas miradas esculpidas en las rocas podrían dar testimonio de ello.

Sin embargo, yo lo recuerdo, porque un corazón nunca llega a borrar lo que tejió junto a otros corazones. Lo recuerdo porque el tiempo es un extraño río al que a veces le gusta que se camine y se siembre entre sus meandros.

Fue, pues, hace mucho tiempo, cerca de tres mil cuatrocientos de nuestros años, en alguna parte del desierto entre el Tigris y el Éufrates. Fue allí, donde el sol arroja

incansablemente sus rayos, donde el viento se arremolina en los pedregales desde tiempos inmemoriales.

Llevaba caminando desde... ya ni sé cuánto tiempo, pero seguía. Iba solo, mezclado con un grupo de nómadas y su caravana de camellos. Quería llegar a Alpu³, una población grande en pleno corazón del desierto. El camino, apenas trazado en el guijarral de los llanos y las faldas de las montañas resacas, era interminable. No tenía ganas de charlar ni de reír con mis compañeros de viaje. ¿Los años me habrían vuelto taciturno? Mi alma, sin duda, rebosaba de vivencias dichosas, y también de las heridas de toda una existencia. Lo único que quería era llegar a Alpu, e interiormente deseaba que aquello fuera el final de mis días.

Sabía que allí me estaban esperando, o eso creía, si todo seguía siendo como antes, si nada ni nadie había cambiado. A la entrada de la ciudad todavía debía de haber una casa grande, completamente blanca, de techo plano, ¿seguiría rodeada de higueras? Lunas atrás, había enviado una tablilla de barro con el sello de mi anillo. ¿La habrían recibido? Mis pensamientos se congelaban. Ya no sabía si el corazón me latía feliz o dolorido.

Por fin, al final de la última jornada, mientras el sol se teñía de púrpura, ante nuestro pequeño grupo aparecieron las terrazas de la antigua ciudad de Alpu. Por el camino, que se iba ensanchando, el número de caminantes había ido aumentando progresivamente, como si el mismo desierto hubiese generado de forma espontánea una gran cantidad de almas. Pronto me vi entre una muchedumbre de comerciantes y campesinos que apresuraban el paso. Aparte de aquellas filas de mujeres que caminaban orgullosas portando un fardo sobre la cabeza, nada me resultaba familiar. Aquí y allá se alzaban nuevas viviendas y varios campamentos de pastores ampliaban la ciudad mucho más allá de lo que yo conocía.

.....
3 Hoy Alepo, en Siria.

¿Encontraría la casa grande de las higueras? No me atrevía a decir *mi* casa, pues habían pasado muchas estrellas sobre mis hombros desde el día que me marché. Yo entonces era joven y eran otros tiempos, tal vez otra vida... Sí, desde luego, era otra vida.

A un lado y otro del camino comenzaban a crepitar las fogatas de los nómadas. Recuerdo que aquello me devolvió un poco de la alegría que le faltaba a mi alma. Sin duda aquel olor evocador fue lo que me hizo enderezarme y aligerar el paso.

De pronto, una voz entre la multitud de los campesinos llamó a las puertas de mi ser. Era una voz entretejida de firmeza y vacilación, de timidez y de fuerza.

—Nagar... ¡Nagar-Teth!

Me detuve y miré a mi alrededor.

—Nagar-Teth, ¿eres tú? —Distinguí al borde del camino una pequeña silueta cubierta con un velo oscuro. Estaba sentada en un gran bloque de piedra y parecía mirarme fijamente, como si me estuviera esperando—. ¿Eres tú?

Me acerqué a ella despacio y dejé mi bolsa de tela en el suelo, dudando si dar un paso más. Ella esbozó un gesto, se levantó y su velo se deslizó al suelo. Entonces empecé a distinguir su rostro, un hermoso rostro ovalado rodeado por una espesa cabellera gris cuyos mechones llegaban hasta los hombros. Un rostro que yo conocía y que, a pesar de estar ya marcado por el tiempo, aún conservaba en los ojos el brillo de la juventud. No tuve que buscar, todo se presentó de nuevo como una oleada; todo estaba allí de pronto, como antaño, desdibujando lo que había a mi alrededor.

Era Tyrsa, la Tyrsa de mis años jóvenes, mi hermana, mi amiga, mi cómplice. ¿Yo cómo la llamaba? Tal vez simplemente Tyrsa, ya no me acordaba.

Su rostro se iluminó y yo leí un gran «sí» en el ángulo risueño de sus ojos. No recuerdo que nos abrazásemos.

Aquello era demasiado fuerte, había demasiada dicha y demasiado dolor, y sobre todo había pasado tanto tiempo...

Durante unos instantes, nos miramos así, en silencio. A continuación, di un paso hacia ella e intenté que continuara conmigo por el camino.

—¿Me llevas a casa?

—Ya no hay casa —dijo sonriendo con aspecto un poco cansado.

—¿Ya no hay casa?

—No, ya no hay casa. Mira, ahora vivimos allí. Ven conmigo.

Abandoné el camino y seguí a Tyrsa pasando por encima de algunos montones de piedras. Enseguida vi que nos dirigíamos hacia una tienda protegida por un repliegue del terreno, una de esas tiendas de nómadas hechas con tela y pieles, del color de la tierra. La entrada estaba apenas iluminada por un tímido fuego; quise sentarme allí y, sin intercambiar más palabras, Tyrsa me sirvió un tazón lleno de aquella bebida caliente, roja y picante, que había hecho las delicias de todas las noches de mi juventud.

—¿Qué fue lo que pasó? —me aventuré a decir.

—Fueron los cabezas amarillas⁴, Nagar. Vinieron hace ya años y se quedaron, como has podido ver. Nos lo robaron todo, y lo que no se apropiaron lo destruyeron. Faraón no nos protegió cuando eso sucedió, ¿lo sabías? Nadie lo ha podido entender.

—Lo sé, Tyrsa, así fue... Y tenía que ser así. Él trató de...

Mis palabras dejaron desconcertada a Tyrsa, que me miraba fijamente, tal vez tratando de rescatar del fondo

.....

4 Nombre que se dio a los hititas, quienes en aquella época invadieron gran parte de la actual Siria.

de mi mirada lo que la vida no había cambiado. No podía comprenderlo.

—Trató de... —dije de nuevo.

—¿Pero quién, Nagar? Explícame.

Creo que le respondí con una sonrisa, ya que no encontraba las palabras. Entonces se instaló entre nosotros un largo silencio y por un instante temí que Tyrsa y yo nos hubiéramos vuelto dos extraños el uno para el otro.

—¿Y Sekhmet, nuestro padre? —pregunté al fin—. ¿Dónde está? Cuéntame.

Tyrsa bajó los ojos.

—Como podrás imaginar, ya no está. Cuando nos arrebataron la casa era mayor y no soportó vivir en esta tienda, pero no porque a su corazón le pesara, sino porque tenía el cuerpo agotado. Hace más de cinco años que regresó al país sin sombra.

Tyrsa me contó entonces en detalle cómo Sekhmet, nuestro padre, se había marchado después de resistir pasivamente a los cabezas amarillas; también me habló de cuando dejaron la casa y de los escasos recursos con que contó la familia.

Sí, yo ya me imaginaba que Sekhmet se habría ido. No había querido pensar en ello, probablemente para no abrir una herida antes de estar seguro de que tenía fundamento, pero ahora el hecho estaba allí, frente a mí. Aunque parezca extraño, no me dolió; hasta sentí que una oleada de frescor visitaba mi corazón, como el batir de alas de un pájaro que emprende el vuelo. Solo quería recordar la hermosura de su mirada azul, solo eso.

Yo se lo debía todo, o casi todo, a Sekhmet. Había sido mi padre adoptivo desde el día en que se percató de mi presencia en un camino a cierta distancia de Alpu. Yo iba solo y errante, no tendría más de doce años y lo ignoraba

todo sobre mi pasado; sobre este había caído un velo y aparentemente nada podía rasgarlo. Así pues, mis primeros recuerdos se remontaban a aquella época en la que lo vi por primera vez, caminando junto a su asno sobre la rocalla del desierto. Yo tenía hambre, sed y calor. Cuando me vio, no dijo nada. Su mirada se fijó inmediatamente en un medallón de bronce que colgaba de un cordón de cuero en mi cuello. Yo mismo desconocía su procedencia y su significado, era un modesto trozo de metal de forma redondeada sobre el que habían grabado una estrella de ocho puntas. Al tomarla entre sus manos, frunció el ceño, y tras este simple gesto Sekhmet decidió llevarme con él.

Aquel fue el verdadero día en que nací, en que pude empezar a tener una historia. Desde entonces, viví bajo su techo, en compañía de su hija Tyrsa y sus cuatro hermanos. La esposa de Sekhmet había muerto de parto unos años antes.

Mientras mis pensamientos volaban por el pasado, Tyrsa me llenó otro tazón de bebida picante.

—¿Te acuerdas? —me dijo cogiéndome la mano. Su sonrisa se volvió tan radiante que creí que borraría toda la nostalgia de mi alma—. ¡Cuéntame! —empezó a decirme sin parar—. ¡Cuéntame! ¡Háblame de tu vida, Nagar!

Sin embargo, yo no podía. Lo que estaba encerrado en mi corazón era tan pesado y tan ligero a la vez... Como un extraño enlace entre las nubes y el sol, entre la esperanza y la amargura. Aquello no tenía nombre. Nunca podría contarlo.

El fuego crepitaba a la entrada de la tienda. Tyrsa acababa de arrojar en él un poco de excremento seco de vaca para reavivar las llamas. Levanté la cabeza para aspirar mejor el aire de la noche, que extendía suavemente su manto, y mi vista captó el centelleo de la primera estrella encima de las montañas.

—¿Aún lo tienes? —me preguntó Tyrsa con tono alegre.

—No —respondí sin pensar, seguro de que se refería a mi medallón—. No, ya no lo tengo.

—¿Lo has perdido?

—Bueno, lo regalé... A Sekhmet no le habría gustado saberlo. Pero existe la sabiduría de los libros, la de los templos..., y luego está la que encontramos a lo largo del camino, que tiene una historia para cada uno de nosotros.

Tyrsa asintió con la cabeza.

Creí por un instante que iba a poder limitarme a lo dicho, que ella ya había comprendido la esencia de lo que yo podía expresar. A fin de cuentas, había bebido de la misma fuente que yo.

Sekhmet, nuestro padre, no había sido un hombre como los demás. En su juventud, antes de tomar esposa, había viajado mucho, igual que su padre antes que él. Se consideraba *ishva*⁵, lo que para nosotros significaba que guardaba muchos secretos. Y, en efecto, así era. Sin embargo, no hubo ninguno que no nos confiara durante el transcurso de los años. En realidad, Sekhmet había sido sacerdote; quiero decir que siempre lo había sido: había nacido sacerdote. Era uno de esos hombres para los que lo sagrado y lo profano se mezclan desde tiempos inmemoriales. Por eso, para Tyrsa y para mí, al igual que para otros, había sido un puente que sin cesar nos llevaba de lo humano a lo divino, pues su conocimiento de los engranajes del alma del mundo era muy vasto. Bajo su techo éramos ricos, y no solo en bienes materiales, sino también en saber. Por eso nuestra familia, la familia de la que yo pasé a ser miembro, era muy respetada en Alpu.

Sekhmet oficiaba cada día en un templo excavado en la mismísima roca. En ese ambiente crecí, sin comprender muy bien la razón, al menos hasta que tuve catorce o quince

.....

5 Ishva, es decir, hicso, nombre de los miembros de un pueblo del este que invadió en varias ocasiones parte de Oriente Medio y de Egipto.

años, cuando mi padre anunció que le habían indicado que yo debía estudiar la medicina y los astros en el gran templo de la ciudad. Allí había una escuela de sacerdotes y mi destino y prosperidad pasaban por ella. Además, aquello se consideraba un honor, así que tenía que obedecer. En esa época, a los quince años uno se convertía en hombre y debía ser capaz de hacerse cargo de su propia vida, trabajar duro y contener las lágrimas; también era la edad en la que uno podía plantearse tomar esposa, pero yo iba a ser sacerdote, esa clase de sacerdote que debe renunciar al amor humano y dejárselo al común de los mortales.

Mientras seguía atizando el fuego, Tyrsa, que parecía leerme los pensamientos, empezó a evocar nuestra juventud; quizás veía en ello la manera de acercarnos de nuevo. No hay duda de que, con mi bolsa de tela y mi manto cubierto por el polvo de todos los desiertos, yo tenía un aspecto un tanto hosco. En verdad, me veía a mí mismo como un árbol de follaje espeso en busca de una tierra lo bastante profunda como para enterrar en ella sus raíces. Había dado y recibido tanto amor y estaba tan cansado... También había navegado entre tantas olas amargas que Tyrsa no se equivocó cuando decidió ponerse a hablar de sí misma.

—No me preguntas nada, Nagar-Teth. ¿Sabes?, el año que te fuiste tomé esposo. Contravine el voto que me había hecho y me alejé del servicio del templo. Nuestro padre se enfadó mucho. Mi marido era un comerciante opulento que tenía una tiendecita en la calle principal, un negocio de oro y piedras. No era diferente de muchos otros hombres de esta ciudad, pero en aquel momento yo confundí el brillo de sus joyas con el de las estrellas. Me dio tres hijos varones, de los cuales me queda uno. Poseía demasiado oro para no despertar la codicia, así que fue el primer objetivo de los cabezas amarillas cuando llegaron a la ciudad. De modo que, ya ves, solo tengo un hijo al que nuestro padre casi no tuvo tiempo de enseñarle los

rudimentos de la medicina de las plantas. ¿Le enseñarás tú algo más, Nagar?

En aquel instante no supe qué responder. Un poco sorprendido por la petición, escrutaba la llamita que brillaba en los ojos de Tyrsa.

—Sí, por supuesto —dije al fin.

—Has vuelto para vivir con nosotros, ¿verdad? A él y a muchos otros aquí les encantaría oírte. Te convertiste en sacerdote del faraón, ¿no? Eso es lo que se dice por aquí...

Me sobresalté.

—No, Tyrsa, no. No creas eso. Nunca fui sacerdote de Faraón. Además, entonces no había sacerdotes...

—¿No había sacerdotes?

—No. Al menos eso era lo que quería... Lo que quería Faraón.

—Pero, entonces, ¡tú lo conociste bien! Dicen que volvió al otro lado de la vida, ¿es verdad? Se dice también que el nuevo rey todavía es un muchacho joven que apenas puede reinar. ¿Eso también es verdad?

—Sí, Tyrsa. Todo lo que dices es cierto. El que yo conocí, a quien amé y serví, ha regresado en la barca de su Padre. Por él ocurrió todo y todo puede volver a suceder.

—¿Me hablarás de ello, Nagar?

Una vez más, se me hizo un nudo en la garganta. ¿Qué había sido de aquel otro Nagar, tan orgulloso y dueño de sí mismo? Me pareció que todos los vientos de arena le habían barrido la seguridad y la serenidad. Las escenas y las palabras de mi juventud me salían al encuentro, tal como la resaca de las olas en la orilla. Me llegaba su eco obnubilante, similar al ruido de los pasos en los largos corredores de piedra de los templos de Tebas.

Mientras Tyrsa se ocupaba de poner algunos pescados sobre la brasa, yo me veía a mí mismo vestido con una túnica marrón junto a los sacerdotes de Alpu, que me enseñaban la naturaleza del ser humano, la diversidad de sus cuerpos y la impronta que dejaban las estrellas hasta en su ser más íntimo. Luego, suavemente, dejé que la voz de Sekhmet llegara hasta mí y me hablara de los aceites que curan el alma, de todos esos óleos que se elaboran y se alimentan con interminables salmodias cuando hay luna llena.

«Nagar-Teth —me dijo un día Sekhmet con solemnidad—, llegará un día en el que penetrarás en el secreto de ese medallón que llevas colgado y que hizo que yo te reconociera como uno de los míos. Lo que me atrajo no fue tanto la estrella, sino ese signo, mucho más discreto, grabado en el reverso. Ya ves que se trata de una cruz extraña que siempre está en contacto con tu pecho. Tú nunca piensas en ella, pero debes saber que esa cruz en movimiento⁶ imprimirá en ti un destino no menos extraño. Yo fui colocado en tu camino debido a ella y por la estrella que la acompaña, pero solo soy un hito puesto en el margen; tú debes seguir adelante. Solo te digo, hijo mío, que no olvides una cosa: tal camino no te pertenece, en él solo serás un servidor. Por supuesto, habrá quien te llame maestro, no lo dudo; sin embargo, tú sabrás lo que esa palabra significa realmente, lo que imprime en el cuerpo y lo que exige del alma. Es decir, tú sabrás bien quién es *el* maestro».

—Toma esto, Nagar —me dijo Tyrsa sacándome de mi ensueño y poniéndome en la mano una torta de trigo con un pescado encima que exhalaba el olor de las brasas y las especias—. Come —dijo con firmeza—, tu cuerpo lo necesita. ¿Sabes que me dieron la tablilla con tu sello hace una semana,

.....

6 Se trata de la esvástica, una cruz que sugiere un movimiento. Simbolizaba la rueda solar y su origen se pierde en la noche de los tiempos. Aparece con mucha frecuencia también en el Himalaya, en India e incluso en Oriente Medio, donde evidentemente no tenía el siniestro significado que se le ha dado en la primera mitad del siglo xx.

por casualidad? Por eso cada día, mientras vigilaba las ovejas, acechaba tu llegada al borde del camino. Ya no me atrevía a imaginar que regresarías; entonces, para engañar a mi impaciencia, me entretenía evocando las imágenes del día que te fuiste. ¡Hace más de veinte años, Nagar! ¿Tú también lo recuerdas? Tus conocimientos sobre las plantas, los óleos y lo que anima nuestro cuerpo se habían extendido más allá de Alpu; tu fama había viajado a merced de las caravanas. Nunca sabremos quién habló de ti en las orillas del Nilo, pero no olvidaré jamás el golpe que supuso para nosotros cuando vinieron a decirnos que el faraón te requería para una de sus escuelas. ¡Marcharse a Tebas, en plena Tierra Roja! Ni siquiera podías negarte, ¡la orden era inapelable! Tú no te resististe, cogiste tu túnica azul, la de sacerdote instructor, que era en lo que te habías convertido, un manto, unos tazones, tu grueso anillo de plata adornado con tu sello y te fuiste enseguida, impulsado por algo que yo no sabía qué era.

—Yo tampoco lo sabía, Tyrsa.

—Se sucedieron entonces los meses y los años. De vez en cuando nos llegaban noticias de tu vida y tus responsabilidades, algunas hojas de palma escritas por tu puño y con tu sello, pero parecía como si te hubieras ido a otro mundo, sin promesa alguna de retorno. Nosotros lo aceptamos con serenidad porque te amábamos y también porque sabíamos que tú no eras de los que olvidan con la distancia y el tiempo.

»Aún recuerdo tus palabras, en el umbral de la puerta, el día que nos dejaste. Dijiste simplemente: “No me voy por mí. Hay momentos en la vida en los que uno tiene que entregarse a lo desconocido, porque nos llama un destino al que no podemos escapar. En verdad, no me dirijo hacia el faraón; solo quiero servir a esta luz con lo mejor de mí mismo”. Y al pronunciar estas palabras pusiste el dedo en el medallón que te colgaba del cuello. A continuación, te giraste lentamente y te uniste a la caravana que esperaba

detrás de las higueras. Los primeros días maldije al cielo, y lo maldije aún más porque veía que nuestro padre no se sentía mejor que yo. Por primera vez comprendí que todo su saber, el nuestro, era incapaz de calmar el dolor verdadero. Comprendí también que tal vez por eso, porque tú lo habías presentido, porque querías llegar más lejos que ese saber, te habías ido tan deprisa, delegando todas tus funciones en tan solo un día. Los únicos que no parecieron sentir pena fueron nuestros hermanos y algunos parientes. A tu pesar, tú ocupabas un lugar muy importante aquí. Tú, ese niño al que se habían encontrado y de quien nada se sabía. Tú, que habías aprendido tan deprisa con Sekhmet y los sacerdotes, como si estuvieras siguiendo una trayectoria contra la cual nadie podía hacer nada. Tú, cuya mirada hablaba siempre de una llamada dolorosa hacia «algo» más. ¿Has encontrado lo que buscabas, Nagar? ¿Has servido a ese sol con el que soñabas?

Me coloqué el manto y miré a Tyrsa fijamente para llegar hasta su ser más profundo.

—Sí, hermanita, lo he encontrado. He encontrado tanto que incluso he creído perderme. He encontrado tantos caminos que conducen al Camino, y mi alma ha volado tan alto que sentí que me faltaba, que *nos* faltaba, un último aliento, Tyrsa. Ya casi lo habíamos logrado, ¿sabes? ¡Casi lo habíamos logrado!

—¿Pero el qué, Nagar? ¿De quién o de qué hablas?

Eché mis restos de pescado al fuego, que se puso a crepitar aún más, y después levanté la mirada hacia la bóveda celeste. Sobre nuestras cabezas ya era noche cerrada, parecía de terciopelo, y el humo de la fogata se perdía en ella en finas volutas.

Sentí que por fin se me distendían la frente y las sienes. Reinaba en aquel rincón de la tierra una humilde dulzura que yo no experimentaba desde hacía mucho tiempo y cuyo perfume había olvidado. ¿Conseguiría abrirme a ella

y abandonarme? A veces es difícil aflojar el puño, aunque se hayan probado todos los amores y todas las ternuras. No se retiene nunca la luz dentro de uno. Se la invita, se la deja actuar a su modo, y ella visita todos nuestros recovecos internos; a veces siembra la confusión, sobre todo la confusión, y uno le dice: «Sírrete de mí, estás en tu casa». Pero nunca se la retiene. El océano no le pertenece a las olas.

Finalmente, aquel atardecer, aquella noche, mientras observaba mis pies jugando con la arena, mi puño interior aceptó abrirse. Entonces me cubrí la cabeza con un manto de lana y empecé a hablar despacio, palabra tras palabra, perla tras perla, como un viejo con corazón de niño. Así fue como empecé a contarle a Tyrsa la historia de Nagar-Teth, la verdadera historia de aquellos que tanto amaron al Sol.



¿Quién no se ha sentido fascinado o intrigado por Akenatón, el faraón hereje ebrio de sol? Este libro destaca entre todos los que se le han dedicado hasta ahora.

De hecho, su redacción no es fruto de una investigación basada en datos arqueológicos, sino que resulta de una serie de lecturas en lo que algunos llaman el Libro del Tiempo. Como tal, es único y sorprendente.

A través del personaje de Nagar-Teth, terapeuta e instructor cercano al faraón Akenatón, nos adentramos en una verdadera y hechizante historia en la que se cruzan los destinos extraordinarios de unos seres apasionados e inmersos en la búsqueda de lo divino.

Aunque nos transporta a las arenas de Egipto hace unos 3.500 años, no es un libro del pasado. Es una **obra intensa y mágica** que se sumerge en el corazón de las grandes preocupaciones humanas, las que nunca nos abandonan, **la búsqueda de nuestra identidad, de la felicidad, del amor y de la Luz infinita de la que tantas veces sentimos nostalgia.**

Este libro revelador, de fuego, de actualidad, nos transmite un testimonio que inspirará a aquellos que quieran iluminar su presente y convertirse en verdaderos artesanos del mismo. Esta es, sin duda, una de las obras más importantes de Daniel Meurois.

ISBN: 978-84-123677-0-6



9 788412 367706

PVP: 19,95€